

Los minoicos

Pilar González Serrano (2019).
Madrid: Editorial Síntesis, 179 páginas.
ISBN 978-84-9171-276-3



Jorge Cano Moreno

Pontificia Universidad Católica Argentina / Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Argentina

Las poblaciones de la isla de Creta durante la Edad de Bronce (es decir, los minoicos) han sido un objeto de estudio esquivo al mundo académico hispanohablante. Ante esto, cada nueva publicación despierta el interés de aquellos que deseamos que dicha cultura alcance un mayor público, tanto dentro como fuera del ámbito académico. Por esta razón, el libro de Pilar González Serrano *los minoicos* (minúsculas en el original) fue recibido con beneplácito, sobre todo porque la escritora es profesora jubilada de Arqueología en la Universidad Complutense de Madrid y porque, según su página web, cuenta con varias publicaciones destinadas a la divulgación.

Sin embargo, ya desde la contratapa –basada en una frase de la autora– se advierte que la obra va a estar plagada de lugares comunes sobre la cultura minoica. Dicha percepción puede ser comprobada al adentrarnos en la introducción en donde se multiplican los errores y las sentencias que no cuentan con ningún tipo de base argumentativa, ya sea epistemológica, material o historiográfica. Ante esto, el resto de la obra intenta ser una introducción a la cultura minoica pero cuyas falencias son tan profundas que su valor académico o de divulgación debe ser seriamente cuestionado.

Para comenzar, la autora utiliza a los relatos míticos griegos como base para muchas de sus afirmaciones. Este procedimiento, muy popular a principio del siglo XX (Nilsson, 1950, por ejemplo), carece de valor para referirnos a la cultura minoica. Esto se debe a cuestiones muy sencillas: primeramente, el corpus mitológico griego es entre 600 y 800 años posterior al final de la Edad de Bronce; en segundo lugar, estas narrativas nos hablan más de la interpretación helénica sobre el pasado minoico que sobre este pueblo en sí y es realmente muy difícil establecer hasta qué punto se pueden relacionar con los testimonios materiales de la Edad de Bronce. En tercer lugar, la autora

desconoce que los mitos que tienen como escenario a Creta son contradictorios y provienen de diferentes fuentes, de hecho, ella misma por momentos sostiene una tradición para luego defender otra. Un claro ejemplo de interpretación literal de la mitología se da cuando la autora afirma en reiteradas oportunidades (pp. 10, 12, 21, 51, 52, 103) que Creta constituyó la primera talasocracia, postura actualmente difícil de defender. Adicionalmente, los mitos también le sirven para solucionar el complejo cuadro que ofrece la religión minoica: según González Serrano, cada manifestación divina tiene su parangón o en una divinidad helénica o en un testimonio del Lineal B. Ante esto, ve en la iconografía divinidades muy posteriores mencionándolas de manera equívoca y señala lugares de culto de los cuales no se tiene registro (pp. 79-90).

Otra de las estrategias argumentativas que llaman la atención es la elección de destinar los tres primeros capítulos a Chipre, Tesalia y las Cícladas (pp. 19-48) sin establecer ningún tipo de relación más que afirmar que hay que analizar el entorno cercano al Egeo para comprender de mejor manera a Creta.

También, a lo largo del libro se pueden encontrar vestigios de teorías interpretativas o puntos de vista que ya han sido superados en los espacios académicos. Por momentos la autora hace gala de un claro eurocentrismo cuando menciona que los cretenses constituyen las raíces de Europa (p. 10) o que su Talasocracia fue la primera en la historia (pp. 12, 51 y contratapa); en otras oportunidades realiza concepciones morales como cuando escribe que los cretenses en los saltos de toro “miraban de frente, sin miedo” (p. 12), que esa práctica los divertía (p. 52) o que los sacrificios humanos –los cuales no están probados– eran una “bárbara costumbre” (p. 88); tampoco parece tener algún conocimiento sobre enfoques antropológicos ya que establece que los

minoicos fueron sometidos, que hubo un enfrentamiento de culturas y que impusieron sus gustos estéticos a sus nuevos señores (p. 10) agregando que los saltos de toro constituyeron la identidad cretense (p. 56) de la etnia eteo-mediterránea (neologismo de la autora) que pobló la isla (p. 65) y que se fusionaron con los habitantes de Santorini (p. 67) impregnándolos con su cultura (p. 140); finalmente hace interpretaciones anacrónicas cuando compara al arte minoico (mejor dicho, al arte Neopalacial dado que ignora todas las manifestaciones anteriores) con el *art nouveau* (p. 11) y el surrealismo (p. 148), que transmitía “una especial *joie de vivre*” (p. 118) y que contaba con figurines “llenos de encanto” (p. 121) o cuando utiliza los textos de Kazantzakis para señalar la existencia de un supuesto “yo-cretense” (p. 12).

Sin embargo, más contundente me parece el desconocimiento de algunos tópicos sobre la arqueología de la isla de Creta. Por ejemplo, la autora señala que la geografía montañosa de la isla “determinó, desde un principio, la vocación marinera de sus gentes” (p. 51); de esta manera se ignoran las grandes extensiones de tierras cultivables de Mesará –por mencionar tan solo una zona– y le brinda un determinismo geográfico que no tiene sentido como marco explicativo; del mismo modo se afirma que “ya se han excavado la mayoría de sus *palacios* (cursivas en el original), residencias señoriales, necrópolis, cuevas sagradas, etc.” (p. 52), sentencia que debería ser sostenida, al menos, con informes de prospecciones recientes; también se afirma que “la erupción de la isla de Théra (Santorini) (...) afectó tanto a Creta y a su flota, que favoreció la incursión de los nuevos invasores” (p. 67), una aseveración que ha sido prácticamente desechada después del trabajo de Driessen y Macdonald (1997) quienes demuestran cómo Creta continuó su desarrollo cultural después de dicha erupción; en la misma tónica, la autora sostiene que el tipo de escritura más antiguo es el jeroglífico, desconociendo la existencia de la escritura de Arcanes, y lo relaciona con el disco de Festos, el cual tiene una categoría propia. Asimismo, establece que la escritura Lineal A es una simplificación de esta última (pp. 90-92, *contra* Perna, 2016).

Pero una mención aparte merece el apartado que trata la cuestión de los palacios minoicos, uno de los tópicos más debatidos en los últimos años. La autora establece la posibilidad de que estas estructuras hayan sido “mausoleos, regidos por un rey-sacerdote

o una oligarquía sacerdotal” (p. 98). Según González Serrano, dicha teoría es tomada de Fauré (de quien confunde su fecha de defunción) y de Wunderlich. El primero, fue un reconocido filólogo francés que destinó parte de sus esfuerzos a la cultura minoica, en especial al Lineal A, y quien no escribió tan descabellada idea, sino que más bien los consideraba santuarios con una multiplicidad de funciones (Fauré, 1973 [2018]: 174-180). Por su parte, Wunderlich fue un geólogo que por alguna razón decidió escribir un libro sobre Creta (*The Secret of Crete*) en el que plantea una especie de teoría conspirativa para ocultar el descubrimiento de miles de momias y huesos desenterrados por parte de Evans. Dicha obra fue duramente criticada por Branigan (1978) quien brevemente destaca lo absurdo de la idea.

Ahora, respecto al trabajo de la autora, resulta realmente llamativo que haya decidido utilizar una obra más que marginal –ignorando la gran cantidad de literatura disponible sobre la cuestión– para adentrarse en una temática tan compleja, la cual no sólo involucra una definición arquitectónica, sino que se relaciona con la economía y la organización política y social de la isla de Creta durante el período minoico. Tal vez por esta razón, González Serrano considera que Creta estaba dividida en “pequeños señoríos independientes” (p. 99), lo cual podría ser cierto para el período Protopalacial, pero no para el Neopalacial.

Finalmente, el libro cuenta con una selección de textos que abarca un abanico de obras literarias que poco tienen que ver con la realidad histórica de Creta durante la Edad de Bronce, sino más bien podrían ser tenidos en cuenta como la influencia que Creta ha ejercido a lo largo del tiempo.

En definitiva, por todo lo reseñado, consideramos que este libro no merece ser tenido en cuenta como obra de difusión y mucho menos como bibliografía universitaria, al menos claro, que se decida analizarla como ejercicio crítico. Lamentablemente, otra oportunidad perdida para que la cultura minoica sea conocida más allá de campos académicos muy reducidos.

Bibliografía

Branigan, K. (1978). *The Secret of Crete* by Hans Georg Wunderlich, Richard Winston, en: *The Geographical Journal* 144/3: 502-503.

Driessen, J. y Macdonald, C. (1997). *The Troubled Island: Minoan Crete before and after the Santorini Eruption* (Aegaeum 17). Lieja: Université de Liège.

Fauré, P. (2018 [1973]). *La vita quotidiana a Creta ai tempi di Minosse*. Milán: BUR Biblioteca Univ. Rizzoli.

Nilsson, M. P. (1950). *The Minoan-Mycenaean Religion and Its Survival in Greek Religion*. Nueva York: Biblio and Tannen.

Perna, M. (2016). La scrittura lineare A, en: Del Freo, M. y Perna, M. (eds.), *Manuale di epigrafia micenea*. Vol. 1. Padua: libreriauniversitaria.it edizioni, 87-116.